

Crítica de Libros

ESCRIBEN: Angel Rama, Germán W. Rama, José P. Barrán, Benjamín Nahum, Washington Lockhart.

• NOVELA

★ GERMAN ARCINIEGAS: **EL MUNDO DE LA BELLA SIMONETTA**. Buenos Aires, Sudamericana, 1962, 185 ps.

La explicación más evidente del éxito de los libros de Arciniegas, radica en su amenidad de periodista, que le permite allegar temas de literatura, de arte, de historia, a un vasto público, con diestra capacidad para entretener y hasta para sorprender. Italia ha sido una de sus más insistidas canteras de materiales, y una anterior colección de crónicas de viajes le permitió un triunfo popular.

Aquí vuelve, con un afán más metódico y culto, sobre el tema italiano, tomando como pretexto para una recorrida del Renacimiento, la figura casi mítica de Simonetta Cattaneo, casada con Marco Vespucci. Su belleza fue cantada por el Poliziano, y sirvió de modelo a pintores como el Ghirlandaio, Piero de Cosimo y sobre todo, a Botticelli, afirmando que en "La Primavera" ella es una de las Gracias, y es Flora, y es la figura central del cuadro, y que en "El nacimiento de Venus" es la propia Venus, y que en "La bella durmiente" de Leonardo, es ella también la que el pintor evoca.

Simonetta es el prototipo de la belleza que descubrió el Renacimiento florentino, y fuera de esa pasmosa belleza nada puede contarse de su vida que tenga interés para una biografía moderna. De ahí que Arciniegas adorne su libro con una recorrida de la familia, de las luchas constantes de los señores italianos, y de una pormenorizada evocación de la corte de los Médicis, las fiestas florentinas, las ambiciones defraudadas de Piero Vespucci, un análisis de las Stanze del Poliziano y se concentre en un presunto amor cortés de Giuliano Medici por la hermosa genovesa.

Es un material histórico-aneecdótico que siempre rinde, pero que en esta ocasión no consigue de la pluma ágil de Arciniegas una estructuración original. Cae con facilidad en ese comentario pseudo-literario de los hechos históricos, con una indisimulada tendencia mundana (como su visita al palacio de los Cattaneo), y pierde la posibilidad de dar vida auténtica a un mundo del pasado que ya ha tentado a muchos escritores. La reconstrucción no es lo suficiente vivaz, las teorías que adelanta Arciniegas son bastante endeble, y la bella Simonetta no alcanza a cobrar existencia verdadera: sigue siendo la belleza impávida que retrató Botticelli y el libro de Arciniegas no es para ella lo que fue "El nacimiento de Venus": la posibilidad de renacer en el arte.

La edición está presentada con buen gusto, abundantemente ilustrada, y el material que en ella se maneja es lo bastante pintoresco como para que el interés no decaiga a lo largo de toda la lectura. A. R.

★ HISTORIA

★ MARCEL BRION: **LA VIDA COTIDIANA EN VIENA EN LA EPOCA DE MOZART Y SCHUBERT**. Ed. Hachette. Buenos Aires, 1962, 364 pgs. Trad. Horacio A. Maniglia.

El período brillante, alegre, de la Viena de fines del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, con su tono aristocrático en el que participaba la burguesía, es la materia de esta obra, en que se evoca de los merenderos de los parques a los amores del zar Alejandro durante su estadía en la ciudad de Metternich.

El autor utiliza fuentes abundantes que se constituyen mayoritariamente con las memorias y correspondencias de una gama muy amplia de personajes, aunque tampoco faltan los repertorios policiales particularmente útiles para conocer el período fastuoso y de intrigas del Congreso de Viena, sabrosamente calificado como "El Congreso baila", pues, a los efectos de los cortesanos vieneses, lo único importante de ese conclave reaccionario era su farándula de fiestas realizadas a lo largo de un año para agasajar a los monarcas de Europa.

Tal vez por un desmedido apego a las fuentes, Brion sólo se interesa por la vida cortesana, entendiendo por tal el clima de mundanidad en que se desarrolla la existencia de una pequeña parte de la población vienesa, hasta que la revolución de 1848 introduce en el escenario al pueblo, con sus reclamos sociales y sus aspiraciones nacionalistas. No es reprochable que elija a la clase superior para su estudio, pero sí, que so pretexto de que hay un nexo común a toda la población en el gusto por la danza, los paseos campestres y la buena mesa, proyecte las características de aquella a toda la sociedad vienesa.

Son igualmente discutibles las teorías sobre la existencia de un carácter "nacional" vienes que permanece inalterable a lo largo de los siglos y que le permite decir frases tan huecas como ésta: "la energía y el valor con los que se reconstruyó después de los desastres de la guerra de 1839-45 demuestran con impresionante evidencia ese don que las hadas le han hecho, de saber sonreír igualmente en la felicidad y en la desdicha."

En conjunto, se trata de un libro agradable y bien ilustrado, poco incisivo y que nos presenta una visión de continua fiesta rechazable desde el punto de vista de la reconstrucción histórica. G. W. R.

★ RODOLFO KUSCH: **AMERICA PROFUNDA**. Editorial Hachette S. A. Buenos Aires 1962. 222 pp.

En la mejor o en la peor tradición de la historiografía irracional, aquella que bebe siempre, en último análisis, en Spengler?, no es fácil valorar con claridad este libro de Kusch. El mismo lo declara: "indudablemente se trata de una aventura que está al margen de nuestra cultura oficial. Pero la frase empleada no es feliz."

No tan al margen, en realidad. Hay una larga tradición de antropología talentada (con más o menos talento, pero, casi siempre, con exclusivo talento como ingrediente y poco estudio serio detrás) en América Latina. Pensemos en Murena, por ejemplo.

Los problemas que Kusch plantea son fundamentalmente dos. El primero, el más importante a nuestro entender, es el del valor metodológico de su enfoque, el pensamiento como pura intuición aplicado a la historia: el segundo, una reinterpretación del presente y el pasado americanos. Partiendo de una intuición fundamental, contraponen la cultura europea y la americana indígena, que se han amalgamado y luchan dialécticamente en nuestro siglo XX. El dualismo que bosqueja aquí oscila entre dos polos. Uno es el que llama el ser, o ser alguien, y que descubre en la actividad burguesa de la Europa del siglo XVI, y, el otro, el estar, o estar aquí, que considero como una modalidad profunda de la cultura precolombina. Es el mundo de la razón, los objetos y la ciencia, de la gran ciudad, en abierta oposición al mundo mágico, primitivo, estático, agrario y esencialmente religioso de la raíz indígena. El "hedor" americano, opuesto a la "pulcritud" europea.

Cuando analiza en sus primeros capítulos la cultura incaica, el trabajo posee valores intelectuales brillantes y hasta asombrosos por la concatenación tan lógica (valga la paradoja) en ese cúmulo de intuiciones que forman la base de su exposición. Pero, en el preciso momento en que comienza la descripción de la cultura occidental y su entronque con el siglo XX americano, las intuiciones ya no funcionan.

Ejemplifiquemos. En toda la historia de América se trata de hedientos contra pulcros, sin encontrar nunca el término medio. Así se sucedieron Tupac Amará, Pumacahua, Rosas, Peñaloza, Perón como signos salvajes. Todos ellos fueron la destrucción y la anarquía, porque eran la revelación en su versión maldita y hedienta: eran en suma el hedor de América: Tupac Amará... Perón... ¿Vincularlos? ¿Versión de un mismo principio histórico que los unifica, lo "mágico" en lo americano?

Y así llegamos al primer problema que mencionáramos al comienzo: las posibilidades de una historiografía irracional. Es desde este ángulo que Kusch merece nuestra atención y adelantémoslo, nuestra oposición.

Porque estas intuiciones, a veces asombrosas, pueden responderse con otras tanto o más deslumbrantes. Y ambas pueden ser verdades de naturaleza poética, pero no realidades. Cualquier historiografía irracional es indestructible, "precisa" de la simpatía previa del lector; utiliza símbolos para referirse a los hechos, no los hechos mismos; interpreta las interpretaciones au-

mentando la distancia, ya grandes, entre el hombre que busca entender el pasado y el pasado mismo, y, por último, es casi siempre una proyección del presente (del autor y de su "situación") en el pasado. Por todo ello es falsa.

La desgracia en nuestra América es este continuo vaivén entre el ensayo que planea tan en lo alto, y el trabajo erudito de la "cultura oficial" que se entretiene con las minucias de los hechos más tontos del pasado. Un equilibrio sería saludable. J. P. B.

• ARTE

★ A. RICHARD: **LA CRITICA DE ARTE**. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Cuadernos de EUDEBA, Buenos Aires, 1962, 60 pp.

Se trata, en realidad, de una historia, todo lo apresurada que la brevedad disponible impone, de algunos de los criterios más recurrentes que se han utilizado desde la Antigüedad para la crítica de las artes plásticas. El panorama, desde que no puede aspirar a ser completo, opta por omitir expresiones importantes de la época actual. Se detiene excesivamente, en cambio —es casi una tercera parte de la obra— comentando lo que no merece mayores comentarios, es decir lo que el autor denomina el "criterio de la semejanza". Detenerse a considerar y refutar la distraída tendencia a ver en el arte una mera copia de la realidad es tarea que empobrece el desarrollo general. Y el autor no se desprende, en casi todo el texto, de una inocua preocupación, desperdiciando un espacio que pudo dedicar, por ejemplo, y con tanto más provecho, a mostrarnos de qué modos y siguiendo qué caminos la crítica fue elaborando sus procesos, a qué sentido o concepción del arte se adheriera, y en qué medida logró adentrarse, siguiendo tales coordenadas, en el significado o valor de la obra considerada. Falta así en esta obra considerar —y hasta mencionar— esa inusual calidad crítica que permite, no tanto explicar lo inexplicable, como evocar su trascendencia e introducir al lector en la predisposición más adecuada para enfrentar una obra de arte. En lugar de catalogar criterios, por lo demás ya bastante transitados (Platón, Hegel, Kant, Taine, etc.), un libro sobre la crítica de arte, a estas alturas, no puede desentenderse —y en cierto modo es desentenderse el recurrir a síntesis forzosa— de los apremiados problemas que plantea la situación del arte en el mundo actual. El autor se demora casi exclusivamente en Malraux, para dedicar finalmente unas pocas frases a las reacciones suscitadas por Picasso. Y se omite a Croce, a Alain, a Herbert Read, a Worringer, a Geiger, volviendo endeble el capítulo de la crítica actual y nula la incidencia de insoslayables tendencias estéticas sobre los juicios de valoración artística. Pese a tan sensibles omisiones o reducciones, el libro puede cumplir, con la inevitable estrechez del caso, un relativo papel de introducción e información. Capítulos como los dedicados a los criterios ideológicos, canónicos (academismo), e históricos (Hegel, Marx, Taine), así como los que llama "criterios de potencia" (Delacroix, Baudelaire), son los más aprovechables y ajustados. La desproporción, no obstante, tanto como la ausencia de una finca algo más exigente, compromete la unidad y equilibrio de visión que podría reclamarse a un libro de esta clase. W. L.

(Viene de la Pág. anterior)

ciado con justicia, este hecho ante los organismos internacionales y ha propuesto medidas de desarme y otras para eliminar este grave peligro que se cierne sobre su país al mismo tiempo que otorgan garantías plenas a los países llamados occidentales contra todo posible peligro de agresión y guerra.

Pero, ¿qué ocurriría si la Unión Soviética se arrogara el derecho — y se dispusiera a hacerlo efectivo sin más trámite — de detener e inspeccionar en alta mar a todos los barcos que bases militares apuntadas contra su territorio y se dirigen a esos países en que hay instaladas anunciará que hundiría cualquier barco que se negara a aceptar esa inspección? Es un periodista norteamericano Walter Lippman, quien se encarga de subrayar las dos conductas contrapuestas: la de Estados Unidos y la de la URSS.

No puede haber dos cartabones distintos para juzgar los mismos hechos, ni los Estados Unidos gozan en el concierto internacional de ninguna especie de privilegios o derechos especiales, basados en el dictado de ninguna autoridad humana ni divina. Y por eso afirmamos, sin posibilidad de refutación, que las medidas anunciadas por el Presidente Kennedy en su último discurso son lisa y llanamente el intento de implantar en el ámbito internacional la ley de la selva y las normas de conducta de la piratería.

Y si, como consecuencia de tales actos, llegara a estallar la guerra atómica mundial, los Estados Unidos recibirán la condena y la maldición más ardiente y severas de toda la humanidad.

El pueblo uruguayo debe contribuir a detener la agresión y la guerra

El Frente Izquierda de Liberación expresa una vez más, en esta hora dramática su entra-

ñable y total solidaridad con el pueblo cubano amenazado, con su gloriosa revolución y con su líder esclarecido Fidel Castro. Expresa también su total confianza en que la histórica prepotencia de los gobernantes yanquis será otra vez enfrentada y derrotada por la viril serenidad y el espíritu de lucha y sacrificio del pueblo a quien el fervor de una gran revolución emancipadora hizo gravar en cada corazón la altiva e indolegable consigna "¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!"

El Frente Izquierda de Liberación confía también en que la solidaridad y firmeza de los pueblos y estados que apoyan a Cuba logrará poner una camisa de fuerza a los lunáticos criminales que quieren precipitar al mundo en el abismo de la guerra.

Pero el Frente Izquierda de Liberación considera que también el pueblo uruguayo tiene su papel que jugar en la lucha por evitar la tragedia. Una gran movilización de los pueblos de todo el mundo, y, en particular, de los pueblos latinoamericanos, puede maniatar a los agresores y defender a Cuba y a la paz mundial. El pueblo uruguayo no faltará, no puede faltar a este deber histórico.

El Frente Izquierda de Liberación llama al pueblo y a todas las organizaciones populares —ante todo a sus propios Comités de Apoyo— a expresar ardientemente, en todas las formas de lucha,

—la solidaridad con el pueblo cubano y su revolución que, como lo ha dicho Fidel Castro, sólo quiere que lo dejen en paz para poder dedicar todas sus energías a proseguir construyendo fábricas y escuelas;

—la exigencia de que se respeten los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, que pretenden ser groseramente avasallados;

—el reclamo de que, en los marcos de la ONU, se encuentren las vías y medios para mantener la vigilancia de las elementales normas de la convivencia internacional y para asegurar el afianzamiento de la paz mundial;

—la protesta contra el gobierno uruguayo, que se somete servilmente al dictado yanqui, y la exigencia de que nuestro país se guíe por una política exterior independiente.

La hora presente entraña peligros de una gravedad extrema. La agresión a Cuba, si se consumara y quedara impune, significaría que mañana nuestra propio pueblo podría ser la víctima de un crimen semejante. El estallido de una guerra mundial sería una hecatombe horrenda a la que ningún pueblo —tampoco el nuestro— podría escapar.

El Frente Izquierda de Liberación considera, como ya se ha dicho que todas las colectividades políticas de nuestro país deben dar a conocer, en términos claros, su posición y adoptar las medidas de lucha consiguientes.

El Frente Izquierda de Liberación está dispuesto a participar en cualquier intercambio de opiniones que se propicie para encontrar los caminos más conducentes a una enérgica y eficaz acción de las fuerzas democráticas, defensoras de la soberanía nacional y de la paz mundial.

¡Yanquis, no tocar a Cuba!
¡Cuba, SI! Yanquis, NO!

Comité Ejecutivo Nacional del Frente Izquierda de Liberación. — Montevideo, 24 de octubre de 1962.

Luis Pedro Bonavía, Presidente; Armando Cuervo, César Reyes Daglio, Hugo Martínez Lombardi, Carlos Elchirigoity.